PANEGÍRICO

DE

SANTA BÁRBARA,

PREDICADO

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BADAJOZ,

EN LOS SOLEMNES CULTOS
QUE EL CUERPO DE ARTILLERÍA DE DICHA PLAZA CONSAGRÓ Á SU
PATRONA

EL 4 DE DICIEMBRE DE 1874,

CON ASISTENCIA
DEL ILUSTRÍSIMO SR. OBISPO DE LA DIÓCESIS
Y DEL EXCMO. SR. CAPITÁN GENERAL DE EXTREMADURA.

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.

La victoria que vence al mundo es nuestra fe.

Epíst. 1.ª de S. Juan V, 4.

EXCMOS. É ILMOS. SRES.:

ILUSTRE CUERPO DE ARTILLERÍA:

Ansiaba yo el momento de ocupar hoy esta Sagrada Cátedra, y, sin embargo, no me es dado ¡ay de mí! dominar mi emoción, y hago esfuerzos supremos para no dejar correr las lágrimas que se están agolpando á mis ojos. ¡Qué mundo de recuerdos, de dolorosísimos recuerdos, despierta en mi memoria la solemnidad presente! ¡Qué diferencias tan inexorables de lugar, de personas y de circunstancias entre la última vez que yo cantaba las alabanzas de esa Mártir insigne, y ahora que vengo entre vosotros á pronunciarlas de nuevo! (1) ¡Qué abismos separan aquel día de este día,

(1) Refiérese el autor al Sermón predicado el 4 de Diciembre de 1886, en la Iglesia de San Francisco el Grande de esta Corte, y que forma el tercer Discurso de esta

y cómo quisiera yo cegarlos á costa de mi sangre y de mi vida!

No me refiero, Señores, no puedo referirme á ideas ni á acontecimientos políticos: que si yo tuviese, por acaso, una opinión política, sabría, en este recinto augusto, sepultarla en el fondo de mi alma. Hablo sólo como Sacerdote católico y como hijo amante del país en que he nacido. Como Sacerdote católico, miro á la Iglesia atribulada, á su Pastor Supremo desposeído, á mis hermanos en el Sacerdocio implorando la caridad de la limosna. Como hijo amante de mi país, contemplo á la madre patria por todas partes empobrecida y desgarrada. Y para colmo de mi pena y amargura, hasta la fantasía descubre la fosa recientemente abierta de un amigo querido, que era vuestro fiel compañero de armas en ese preclaro Instituto (1), y cuyo espíritu necesita quizás por especial manera de nuestros sufragios, porque esa muerte oculta su secreto entre los pliegues de la conciencia y en los misterios de la eternidad. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Todo cambia, todo pasa, todo se desvanece en este suelo de peregrinación y de prueba. ¿Cómo

---

Colección. Fué impreso aquel Panegírico á expensas del Real Cuerpo de Artillería y por indicación de SS. MM., en casa de D. Eusebio Aguado. Véase la pág. 71 de este libro.

(1) El Excmo. Sr. D. Vicente Magenis y Cardigondi, Brigadier de Artillería, que acababa de fallecer en Madrid.

no ha de pasar todo, si á su vez ha de pasar la tierra y ha de pasar el cielo? (1) Pero hay una cosa, hermanos míos, que no veréis pasar, que no puede pasar nunca, y es la Verdad Eterna, el resplandor del Verbo, la fe de Jesucristo. Siempre que la ciencia ha intentado oscurecer esa radiante luz, la ciencia quedó eclipsada y confundida. Siempre que la espada de los conquistadores pretendió menoscabar su imperio, ella se rompió, al fin, contra la piedra angular del edificio cristiano. Y si alguna vez, como sucede en la sociedad contemporánea, las seducciones del sofisma, los artificios de la iniquidad ó los alardes de la fuerza parecen poner en duda la suerte del combate que libran la verdad y el error, el bien y el mal, nosotros confiaremos en Dios, porque es Él mismo quien ha inspirado estas consoladoras palabras: «La victoria que vence al mundo es nuestra fe.» *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

Estas santas verdades, Señores, de las que vosotros dais magnífico testimonio con vuestra presencia en este Santuario, tienen poder bastante para ir trocando mi duelo en esperanza, y en cantos mis gemidos. ¡Oh! Es muy bello, sin duda, ver cómo los guerreros españoles, á semejanza de los grandes caudillos que les antecedieron, se acercan todavía al ara sacrosanta para avivar la llama de

---

(1) Matth. XXIV, 35.

su fe. Es grato y consolador contemplar al hombre fuerte y temido, al hombre de la sangre y de la guerra, presentando sus homenajes á una dulce Virgen, cuyos títulos á la admiración de las generaciones consisten en su invencible fe, llevada hasta lo más sublime del sacrificio. Vamos, pues, á recrear nuestra inteligencia y nuestro corazón con este interesante espectáculo, saliéndonos, en cuanto nos sea posible, de esos círculos humanos que nos rodean y oprimen: círculos de dudas y temores, de agitación y de lucha, de engaños y desencantos, que afligen y conturban el alma. Seamos dichosos por algunos instantes en un mundo donde se ha hecho necesario soñar para no padecer, y olvidar para no sentir inquietudes.

¿Por qué Bárbara, mártir gloriosa del Evangelio, recibe en todo el orbe la veneración y los cultos de los hijos de la Iglesia Católica? ¿Por qué Bárbara es objeto de las especiales adoraciones del guerrero cristiano?

Bárbara es venerada de todos los hijos de la Iglesia, porque con su fe les muestra el solo camino que conduce á la verdad y á la dicha. Bárbara es especialmente adorada del guerrero cristiano, porque con su fe le enseña el secreto de la más pura gloria y el resorte de los verdaderos triunfos. Recorramos brevemente la existencia de esa mujer bendita, y en ella encontraremos la confirmación de tan hermosos pensamientos, condensados en las palabras de mi tema: «La victoria que ven-

ce al mundo es nuestra fe.» *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

No esperéis hoy de mí una demostración extensa y vigorosa de esta proposición católica: para poderos hablar en este día, sólo he contado con el deseo de mi corazón y con la prontitud de mi espíritu. Júzgome, no obstante, feliz al dirigiros por algunos momentos esta voz ya cansada y casi extenuada, que anhela siempre guiaros por los senderos del bien y la virtud; y os pido que imploréis conmigo los auxilios del Cielo, por la mediación de la Santísima Virgen: Ave María, etc.

EXCMOS. É ILMOS. SRES.:
ILUSTRE CUERPO DE ARTILLERIA:

La imaginación, colocándose sobre las cumbres del Ida, aquel monte tan amado de la fábula, á la hora del nacimiento de Bárbara, complácese en forjar un cuadro que la cautiva y embelesa. De los jardines de la afortunada Nicomedia, de las risueñas colinas que dominan la ciudad, de las márgenes accidentadas del Araki, de las fértiles llanuras de la Frigia, de los bosques de la Paflagonia, de cuanto crece y vive entre las playas del Euxino y el mar de la Propóntide, van llegando hasta la cuna de la graciosa niña las auras y los perfumes, los saludos y los vaticinios. Eran éstas las suaves armonías de la naturaleza que presentaban sus tributos de amor y de respeto ante las armonías de la gracia.

Fué la niñez de Bárbara como el capullo de la

azucena; y cuando abrió la encantadora flor su cáliz, diríase que la escogió para sí el Rey de la gloria. La naturaleza la quiso formar hermosa; la fortuna la quiso hacer noble y rica; plugo al Cielo concederle una inteligencia elevada y dotarla de un corazón sensible; y toda la hermosura, todos los honores, todo el talento, y las calidades todas que en aquel sér privilegiado se juntaban para gozar del mundo y para merecer sus halagos, todo iba á emplearlo Bárbara en amar la virtud, en responder á los misteriosos llamamientos de la gracia divina, para unirse perpetuamente á Dios en la vida mística de Cristo.

Los destellos de la luz revelada no habían descendido aún sobre el espíritu de la tierna virgen, y ya su clara razón, observando el mundo físico y estudiando el mundo moral en el solitario recinto donde la ocultaba su padre en los años de la adolescencia, parecía colocarse en los vestíbulos de lo sobrenatural y lo infinito, y esperar allí respetuosa la iniciación de sus misterios. ¡Discreto empleo, Señores, de la razón humana, que, grande todavía en medio de sus debilidades cuando no la turban las pasiones, puede remontarse en el examen de las cosas creadas hasta vislumbrar una vida creadora; pero que si ha de adquirir la noción exacta de Dios, y entrever algo de los arcanos de la inmortalidad, necesita de más poderosa ayuda! La fe del Evangelio vino á prestársela un día á la hija de Dióscoro; y ya aquel entendimiento que vivía

entre crepúsculos, supo alzarse en majestuosas espirales hacia el Sol de la verdad.

Más todavía. La vida y el complemento de la fe está en las prácticas de la virtud, así como la perfección de la virtud está en los secretos de la caridad. Bárbara había reconocido al verdadero Dios por la Cruz de Jesucristo; y al meditar en las grandezas del Hombre-Dios y en su adorable sacrificio, su único pensamiento fué imitarle, su más vehemente deseo vivir siempre con Él, unirse á Él, identificarse con Él en los recogimientos del alma. Acaso en los primeros coloquios con la casta doncella, le dirigió ya Jesús estas suavísimas palabras que consignaría más tarde la pluma de oro de San Agustín: «¿Quieres andar sin perderte? Yo »soy el camino. ¿Quieres no engañarte? Yo soy la »verdad. ¿Quieres no morir nunca? Yo soy la »vida.» *¿Ambulare vis? Ego sum via. ¿Falli non vis? Ego sum veritas. ¿Mori non vis? Ego sum vita* (1).

Hay, Señores, sobre la tierra varios afectos puros y legítimos que no ponen jamás en el corazón del hombre la más leve mancilla; el amor del hijo que se duerme sobre el paternal regazo, el amor de los esposos que viven en el seno de la castidad, y el santo amor de una madre. Pero en el corazón de Bárbara todo era cándido, todo pudoroso, todo virginal: aquel sér escogido en el que

(1) August., *sup. Joann.*

parecía haberse realizado la fusión recíproca de la materia y el espíritu, había ya gustado del amor de Jesús; y cuando se ha saboreado suficientemente ese inefable amor, sólo se sabe ya exclamar de este modo con San Pablo: «Para mí la vida es Cristo, y el morir es ganancia» (1).

Un padre tan cruel como Dióscoro, un hombre tan idólatra de las creencias y de las costumbres gentílicas, no debía comprender el valor de las afecciones honestas, ni de los amores desinteresados. Ambicionó para su hija la felicidad que él soñaba; todos los encumbramientos de la grandeza terrena, todas las satisfacciones de los goces humanos. Por eso, cuando escucha de los labios de Bárbara el nombre del Esposo que la virgen ha elegido; cuando se ha asegurado de que ese Esposo es Aquél que va haciendo bambolearse y caer una tras otra las divinidades y las supersticiones del paganismo; el Dios que consuela al pobre, el que liberta al esclavo y el que miran como á enemigo los Césares, mudo al principio de estupor y de asombro, ruge bien pronto de desesperación y de ira, hasta que acabe al fin por arrancarse sus entrañas de padre, para convertirse en perseguidor y verdugo.

¿En dónde se encontrarán, católicos, una voz bastante fuerte y sonora, y un arpa de tan melancólicos acentos que canten dignamente los marti-

(1) Philip., I, 21.